

11 SEPTIEMBRE 1714

LA DIADA

EL CUENTO DE LA NACIÓN INEXISTENTE



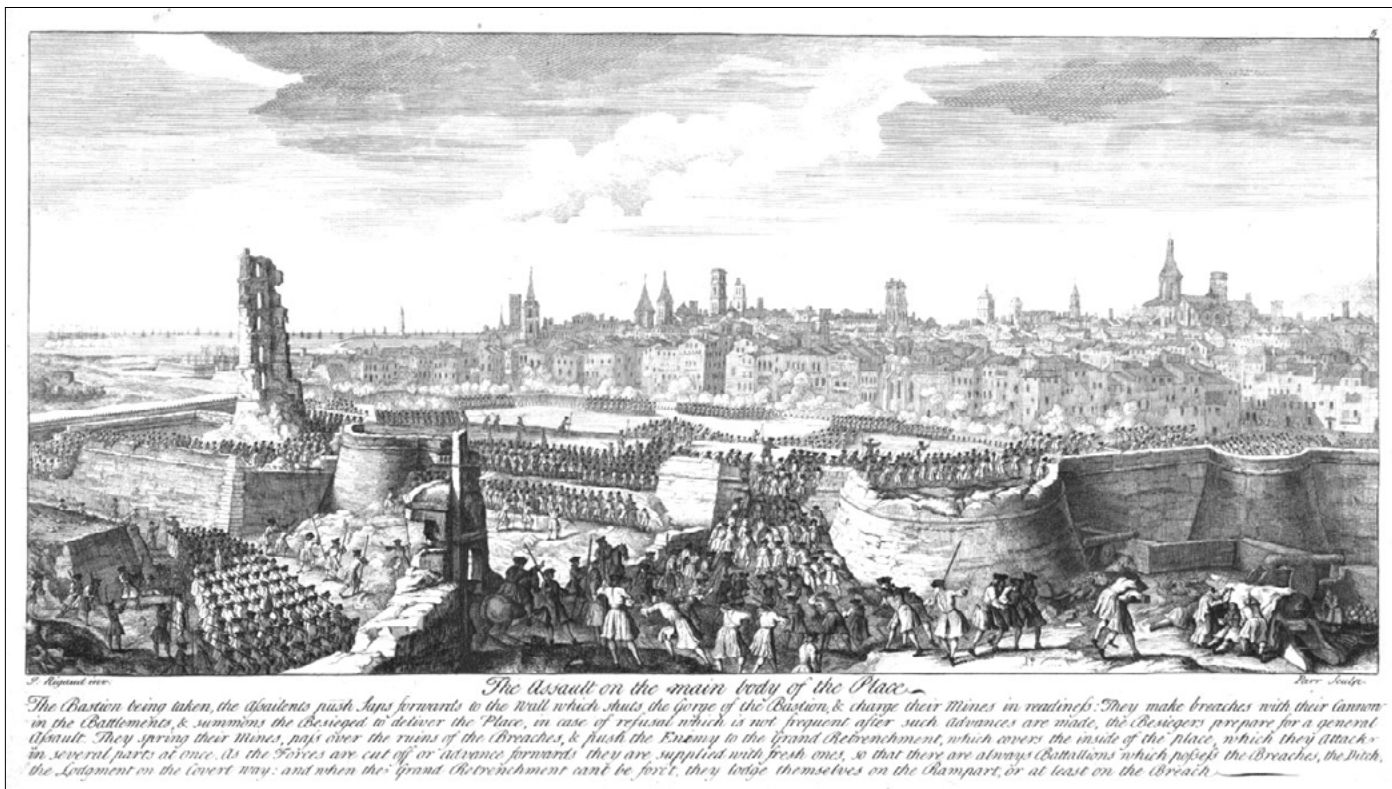
El Once de Septiembre de 1714, cuadro pintado por Antoni Estruch en 1909.

El nacionalismo catalán se caracteriza por ser eminentemente victimista. Reduciéndolo y retorciéndolo todo al máximo, hasta llegar a una concepción maniquea de la realidad, dibu-

ja un escenario en el que aparece el “pueblo de Cataluña” caracterizado como un dechado de virtudes y encarnación de una civilización superior, frente al cual se alza España, puro compendio de defec-

tos, pero con la capacidad de impedir la expresión natural del pueblo catalán. Capacidad que ejerce con severidad, manteniendo a dicho “pueblo” en una situación de sometimiento y opresión.

Como el nacionalismo es un sistema completo, que vela por que la ficción sobre la que descansa resulte creíble, ha creado primero un marco cognitivo (un lenguaje propio y una determinada interpretación del



Asalto final de las tropas borbónicas sobre Barcelona el 11 de septiembre de 1714.

mundo) que lleva a cualquier persona que lo asuma, y con él el lenguaje que inventa, a dar por bueno y real el contenido ideológico de ese mismo marco. Acto seguido, se ha encargado de construir un relato histórico que se ajuste milimétricamente a su interpretación del presente, que se ve así reforzada.

Si bien toda la historia de Cataluña es sometida a revisión para adaptarla a la visión que le interesa al nacionalismo y trufarla de manipulaciones y medias verdades para construir una identidad imaginaria, sus esfuerzos se centran sobre todo en aquellos episodios que sirven para sustentar el discurso victimista y para justificar, también desde la historia, sus aspiraciones actuales. Necesita, pues, construir en el pasado un correlato de la pretendida situación de tiranía que sufre a manos de España.

De esta forma, el nacionalismo catalán ha ido forjando su mito histórico medular en torno a una fecha, el 11 de septiembre de 1714, que condensa los mayores agravios y afrentas que España habría infligido a “Cataluña”. Pero, ¿qué ocurrió aquel día para que terminara

convirtiéndose en la *fiesta nacional* de Cataluña?

La endeble salud del rey español había convertido la cuestión sucesoria en un asunto internacional durante los años previos a su muerte, dando lugar a dos tratados de reparto de los territorios de la Monarquía española entre las diversas potencias europeas. La muerte sin

del último de los Austrias, Luis XIV renunciaba a los derechos de la Corona de Francia sobre la Monarquía española y sus territorios.

Ahora bien, esta guerra, que enfrentó a Felipe V con el archiduque austriaco Carlos, apoyado cada uno de ellos por diversas potencias europeas, terminaría convirtiéndose tam-

Carlos a Viena para asumir el trono imperial, el movimiento austracista quedó descabezado y Holanda e Inglaterra —sus aliados— se desentendieron de la guerra. A partir de aquí, su único objetivo para proseguirla estriba en garantizar su acceso directo al comercio atlántico. Las expectativas de los catalanes evolucionaron también, hasta llegar a su aspiración final de 1714: conservar sus fueros políticos.

Tras el final de las hostilidades en 1713, llegó el Tratado de Utrecht entre la Monarquía británica y la española. El caso se solucionó concediendo a los catalanes la amnistía y los mismos privilegios económicos que tenían los castellanos, esto es, el acceso al mercado atlántico. Sin embargo, en Barcelona se rechazó esta propuesta, que habría evitado el conflicto y el sitio. En contra del criterio de personalidades como Rafael Casanova, una Junta de Brazos (Cortes sin el rey) profundamente dividida y en la que una parte significativa se inhibió, decidió optar por la resistencia.

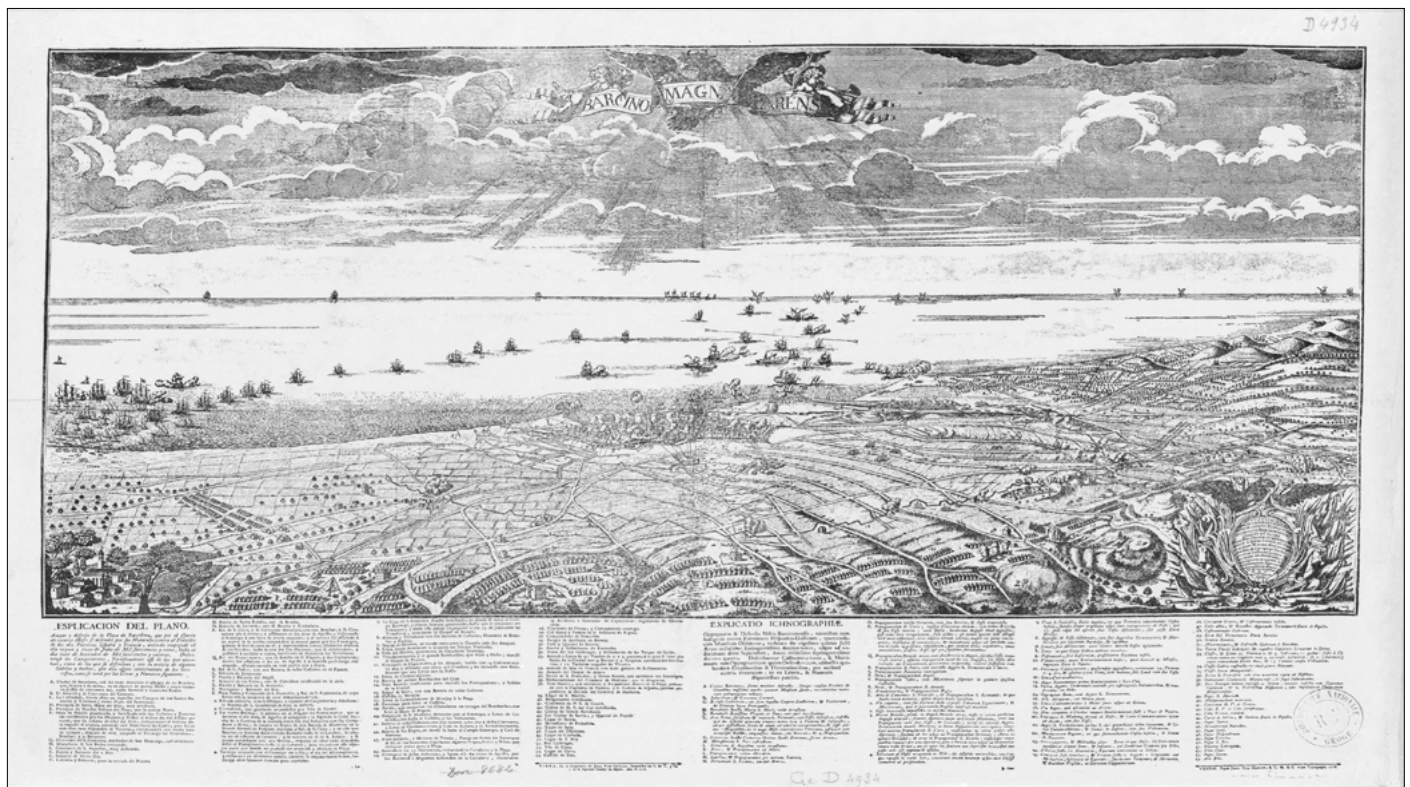
Comenzaba así el asedio de Barcelona, cuyo acto final tuvo lugar el 11 de septiembre

En 1705 una parte de la población de Valencia y Cataluña se rebeló contra su rey legítimo y proclamó como tal al archiduque

descendencia de Carlos II, el 1 de noviembre de 1700, y el testamento en que dejaba como su sucesor en todos sus reinos y dominios a Felipe de Anjou, nieto del rey Luis XIV de Francia y de la española María Teresa de Austria, dio pretexto a la Guerra de Sucesión española, aunque al aceptar el testamento

bién en una guerra civil, cuando en 1705 una parte de la población de Valencia y Cataluña se rebeló contra su rey legítimo y proclamó como tal al archiduque.

A partir de 1711, la situación para los catalanes austracistas empezó a complicarse. Con la retirada del archiduque



Guerra de Sucesión Española. Bloqueo e asedio de Barcelona (1713-1714)

de 1714. Ese día se puso fin a ocho meses de sitio, en el que se lanzaron más de 30.000 bombas desde ambos lados. Causaron más de 20.000 bajas, entre austracistas y borbónicos (aunque más entre los asaltantes que entre los sitiados).

Culminado el asalto con la entrada en Barcelona de las tropas borbónicas, empezó la represión que incluyó, en un primer momento, la destrucción del barrio de la Ribera y la construcción de una ciudadela militar; y después, en 1716, la aplicación de la Nueva Planta, que ya se había implementado en otros territorios de la Corona de Aragón. Esta medida vino a poner fin a las Cortes catalanas, las Diputaciones de Cortes y las Juntas de Brazos, introdujo el gobierno de los capitanes generales, llevó a cabo una revisión de la autonomía municipal, trasladando el sistema castellano de corregimientos y la designación real de todos los cargos. También se adaptó el catastro como reforma fiscal y, los estudios superiores quedaron concentrados en

una única universidad, en la «ciudad fiel» de Cervera.

El victimismo del que se alimenta el nacionalismo catalán se recrea pues en el sufrimiento causado por el asedio y, sobre todo, en las negativas consecuencias que tuvo sobre las tradiciones catalanas el fatídico día del 11 de septiembre de 1714. El relato queda redondo: la tiránica España que nunca ha soportado que Cataluña afirme y desarrolle su personalidad particular, logra doblegarla y al fin aniquila su preciosa libertad.

Eso sí, sólo queda redondo en el imaginario nacionalista, que ha hecho una lectura distorsionada de la historia, destilando los acontecimientos para que sólo quede la fragancia de santidad y martirio del *buen pueblo catalán*. En el camino se han quedado algunas partes de la realidad que conviene sacar a la luz, siquiera sea para ofrecer a la mitología nacionalista un espejo en el que mirarse.

En primer lugar, como ha quedado señalado, hay que insistir en que el origen de la guerra en Cataluña fue una



Plano de Barcelona sitiada por mar y Tierra por el Duque de Populi (Castilla), y el duque de Vervich (Francia), año 1714.

rebelión contra Felipe V, un soberano legitimado en 1701 al acudir a Barcelona a jurar los fueros catalanes (las leyes particulares del Principado) ante las Cortes que él había convocado y que a su vez le juraron lealtad. Para satisfacer las expectativas catalanas y reforzar su vínculo con aquella tierra, incluso se casó en Gerona con su primera esposa, durante el tiempo que permaneció en Cataluña mientras las Cortes seguían reunidas, entre 1701 y 1702.

Lo que ocurrió en 1704 y 1705 para que una parte de los catalanes traicionara su juramento de lealtad a quien era su rey —un delito que Felipe V nunca perdonó— fue que «la burguesía comercial catalana creyó que sus intereses se conjugaban mejor con la política económica de los aliados»¹ y decidió, en consecuencia, cambiar de bando. Este delito de desobediencia y de deslealtad a un rey legítimo es lo que explica, en último término, la política de Felipe V y lo que, según el ordenamiento de la época, fundamenta el derecho de conquista y la consiguiente revisión constitucional.

En segundo lugar, conviene aclarar otra cuestión de indudable trascendencia para entender el mito que estamos analizando. En el imaginario nacionalista, maniqueo y simplista por naturaleza, en aquella guerra lucharon catalanes contra españoles. Sin embargo, la realidad histórica —siempre más compleja y menos servicial— nos dice que la guerra civil se dirimió entre austracistas y borbónicos, contando cada bando tanto con catalanes como con castellanos. Pues ni toda Castilla fue borbónica, ni toda Cataluña —y mucho menos todo Aragón— fue austracista. Ciudades como Cervera, Berga, Manlleu o Ripoll lo atestiguan, pues destacaron por su militancia borbónica. Los 6.000 borbónicos que salieron de Barcelona en 1706 tras la conquista de la ciudad por parte de las tropas austracistas,

también son un testimonio elocuente del mismo hecho.

Hay más. Esa mítica unidad de la nación catalana no es cierta ni siquiera si la queremos reducir a los austracistas. Por descontado que no eran secesionistas, y su desconfianza hacia la dinastía borbónica procedía de la antipatía suscitada por los franceses ocupantes de Cataluña en el siglo XVII, entre 1641 y 1651. De haberse consolidado esta hoy la lengua catalana sería una reliquia folklórica. Más aún, las divisiones fueron profundas cuando llegó el momento grave del final de la guerra. Como hemos visto, no triunfaron los partidarios del pacto con el rey y fue, por lo tanto, el triunfo de los que se negaron a aceptar la oferta real lo que desembocó en el asedio de Barcelona.

Por último, hay que atender a la nostalgia nacionalista que mira a la Cataluña anterior a 1714 como una Arcadia feliz. En lo inmediato, habría que recordar que las tropas del archiduque Carlos bombardearon en dos ocasiones Barcelona antes de tomarla en 1705; que

la lengua oficial de la corte de Barcelona de 1705 a 1711 con el rey Carlos no fue el catalán, sino el castellano, y que la Generalidad no fue suprimida por los borbónicos, sino por el Consejo de Ciento, en pleno mandato austracista.

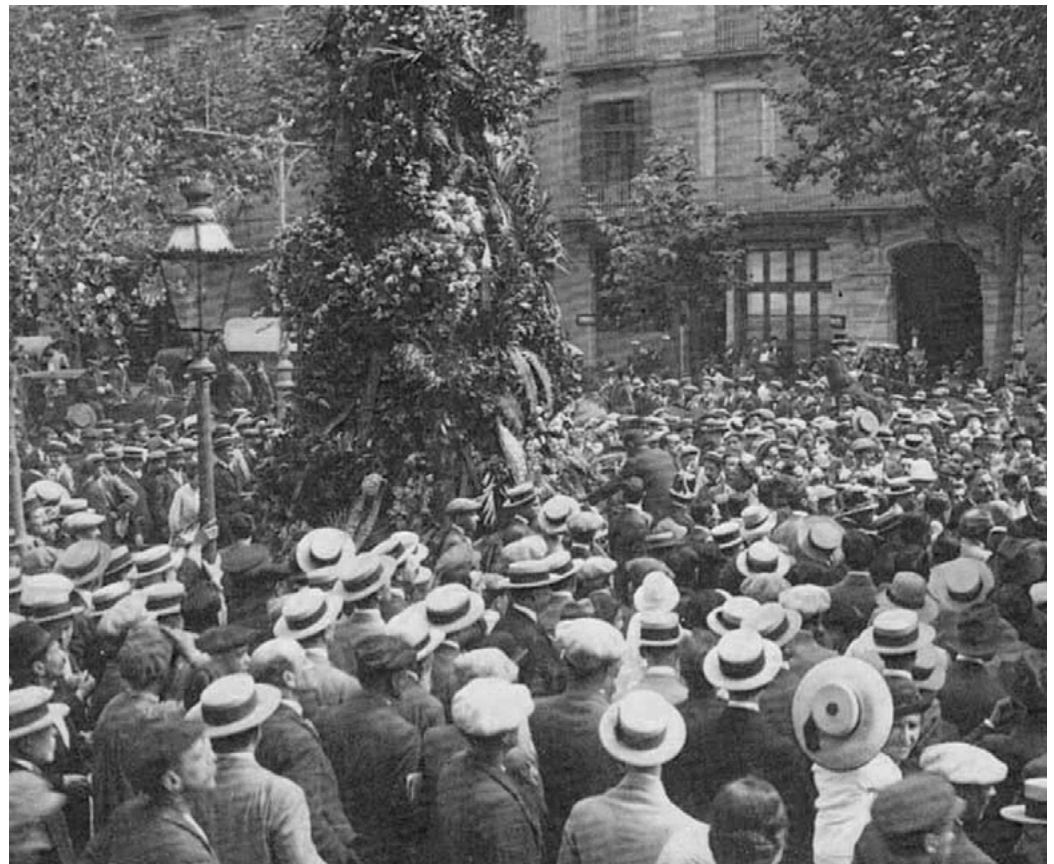
Entrando en la *larga duración* y las cuestiones estructurales, frente a lo que sostiene el discurso nacionalista, Cataluña no había sido antes de 1714 un Estado, sino un principado dentro de la Monarquía de los Austrias. Por otro lado, el régimen pactista —al que sólo en un ejercicio de ucronía podría calificar de democrático— estaba en franca decadencia, y paradójicamente el “déspota” Felipe V lo activó al convocar Cortes en Barcelona, culminadas felizmente en 1701-1702, mientras que el supuesto neo-foralista Carlos III nunca llegó a hacer lo mismo. En el siglo XVIII, Cataluña alcanzó un grado de prosperidad y de riqueza como no conocía desde el siglo XIV.

Hasta aquí lo que cabría decir, en un repaso general, sobre las bases en que quiere

sustentarse el mito y sobre las falsedades y distorsiones que incorpora. Pero no podemos cerrar este artículo sin aportar algunas claves sobre el propio proceso de construcción.

Frente a lo que ha sostenido la historiografía catalanista, la celebración del 11 de septiembre, —la *diada*, como se la conocerá comúnmente— no ha surgido por inspiración popular y al margen del poder político, sino que ha sido precisamente construida de forma voluntaria y consciente por quienes, desde las oligarquías políticas y sociales del nacionalismo catalán, se han dedicado, desde finales del siglo XIX, a definir la “nación” catalana y, en consecuencia, a *nacionalizar* la sociedad catalana.

El punto de partida habría que situarlo en 1886, cuando varios jóvenes catalanistas radicales organizaron un funeral por los fallecidos “en defensa de las libertades catalanas destruidas por Felipe V con la toma de Barcelona, el 11 de septiembre de 1714”, en Santa María del Mar, basílica barcelonesa situada cerca del lugar



Celebración de la Diada en Barcelona el 11 de septiembre de 1914.

en el que habían sido enterrados un buen número de defensores de la ciudad en 1714 (el Fosal de las Moreras). Esta primera celebración fue identificada por Josep Narcís Roca Ferreras como “nuestro Dos de mayo”, puesto que el 11 de septiembre de 1714 se habría producido, al igual que el Dos de mayo de 1808, un acto de resistencia contra el invasor extranjero²

A partir de ahí y de forma intermitente, la bola fue rodando y adquiriendo entidad, incluyendo veladas y ofrendas florales, a partir de 1894 ante el monumento de Rafael Casanova, el *conseller en cap*, héroe a su pesar, herido en el sitio de Barcelona. El nuevo siglo recogería el testigo y le daría su formato definitivo. El año clave fue 1901, cuando la ofrenda floral —acompañada de veladas y una misa funeral— terminó con una carga policial y una treintena de detenidos. Fue la manifestación de protesta por las detenciones la que popularizaría todos los actos anteriores y dio lugar a un ritual que se ha mantenido hasta la actualidad con algunas variaciones. A partir de 1905-1906 la celebración empezó a extenderse por todo el territorio catalán y en 1913, se produjo el desdoblamiento del escenario barcelonés, incorporando a la celebración el Fosal de las Moreras.³

Prohibida durante la dictadura de Primo de Rivera, la Diada alcanzó gran notoriedad durante la II República. En 1932, el presidente de la Generalidad Francesc Macià, en una reinterpretación del acto, afirmó que había acudido a la ofrenda floral ante el monumento a Casanova no para conmemorar la pérdida de las libertades del pueblo catalán, “sino para proclamar bien alto, ante Cataluña y el mundo, que aquellas libertades habían sido recobradas”.

Prohibida en tiempos de Franco, se volvió a celebrar por primera vez en 1976, en la localidad en la que está enterrado

Rafael Casanova, siendo autorizada al año siguiente en Barcelona, bajo el lema «Libertad, Amnistía y Estatuto de Autonomía», en un claro ejercicio de proyección de una ensoñación y una manipulación históricas sobre el presente y el futuro. Será la tónica de todas las ediciones hasta el presente, en la nueva era abierta por la democracia, que ha permitido que el 11 de septiembre sea oficialmente elevado a la categoría de «fiesta nacional de Cataluña». Sin exigirle que renunciara al carácter excluyente y racista sobre el que se ha ido construyendo el mito.

Establecida la democracia y conseguida la autonomía, los fervores en torno a la Diada redujeron notablemente su intensidad. El 11 de septiembre se convirtió, fundamentalmente, en una fiesta institucional, con las acostumbradas liturgias y ofrendas florales, en torno a las cuales se congregaban algunos grupos de personas, pero siempre de escasa entidad. Ni siquiera las manifestaciones organizadas al margen de la celebración oficial por grupos de independentistas y radicales de izquierdas lograban sumar más allá de las 10.000 personas.

Todo cambió, sin embargo, a partir del 2012, cuando, tras la supresión dos años antes de los artículos inconstitucionales del Estatuto de Autonomía aprobado en 2006, Asamblea Nacional Catalana convocó una manifestación multitudinaria el 11S para reclamar la independencia de Cataluña. Con aquella movilización arrancó el proceso secesionista que ha marcado tan negativamente la vida nacional de la última década. Artur Mas, entonces presidente de la Generalidad, la utilizó para presionar al Gobierno central reclamando una especie de concierto fiscal a la catalana. Como la maniobra no tuvo éxito, se sumó definitivamente al movimiento independentista. Convocó elecciones anticipadas y tras no conseguir la mayoría absoluta que esperaba y



Monumento a Rafael Casanova. Ronda de Sant Pere, Barcelona.

después de una segunda diada multitudinaria, puso sobre la mesa el derecho a decidir, comprometiendo a celebrar una consulta sobre la independencia a finales del 2014.

A partir de ahí, las sucesivas Diadas fueron expresión del delirio nacionalista en el que se sumió una parte de Cataluña, arrastrando a la sociedad catalana entera al enfrentamiento y la fractura social. Un delirio que evoca el que vivió la ciudad de

Barcelona durante los meses del asedio de 1714, provocado ahora por una nueva religión⁴, el independentismo. Las manifestaciones del 11 de septiembre fueron así jalonando el *procés*, al servir, a un tiempo, de presión sobre los partidos secesionistas para que avanzasen en su hoja de ruta ilegal y de pretendido respaldo popular a sus maniobras y estrategias para romper España, que es el fin último del nacionalismo catalán.

NOTAS

- 1 Ricardo García Cárcel: «Los mitos de 1714. Guerra de Sucesión», en *La Aventura de la Historia*, n.º 179, 2013, pp. 16-23, p. 17.
- 2 Jordi Canal: «El origen de la diada: el 11 de septiembre», en *La Aventura de la Historia*, n.º 155, 2011, pp. 36-39, p. 38.
- 3 Para un recorrido en detalle por el proceso de consolidación de la fiesta del 11 de septiembre, remitimos a Pere Anguera: «El 11 de septiembre: orígenes y consolidación de la Diada», en *Ayer*, n.º 51, 2003, pp. 17-38.
- 4 Ricardo García Cárcel: «Los mitos del 11 de septiembre... pp. 101-102.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANGUERA, Pere: «El 11 de septiembre: orígenes y consolidación de la Diada», en *Ayer*, n.º 51, 2003, pp. 17-38.
- ALBAREDA, Joaquim: *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*, Barcelona, Crítica, 2010.
- BÉLY, Lucien: «La guerra de los Borbones», en *Desperta Ferro: Historia Moderna*, n.º 3, 2013, pp. 6-11.
- CANAL, Jordi: *Historia mínima de Cataluña*, Madrid, Turner, 2015 (especialmente el capítulo III «Cataluña en la Monarquía hispánica», que cierra con el epígrafe «Conmemorar una derrota»)
- _____: «El origen de la diada: el 11 de septiembre», en *La Aventura de la Historia*, n.º 155, 2011, pp. 36-39.
- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: «Los mitos de 1714. Guerra de Sucesión», en *La Aventura de la Historia*, n.º 179, 2013, pp. 16-23.
- _____: «La guerra de Sucesión, una guerra poliédrica», en Antonio Morales Moya (coord.): *1714: Cataluña en la España del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 2014, pp. 45-70.
- _____: «Los mitos del 11 de septiembre», en VV. AA.: *Cataluña en claro*, FAES, 2014, pp. 99-107.
- KAMEN, Henry: «Diada: así se fabricó el mito catalán», en *El Mundo*, 7 de septiembre de 2014.
- MARTÍNEZ FIOLE, David: «Creadores de mitos. El 'Onze de Setembre de 1714' en la cultura política del catalanismo (1833-1939)», en *Manuscrits*, n.º 15 (1997), pp. 341-361.
- VILCHES, Jorge: *Nacionalismo y desinformación: la construcción del mito de la diada*, informe del Instituto de Seguridad y Cultura, 11 de septiembre de 2014.